



ello existe la razon poderosa de que todo nos coje de nuevo. Así es que ya te considero boquiabierto y despabilando los ojos en espera de mis promesas. Para sacarte de dudas, diréte de una vez: que mi adquisicion no es pecuniaria, ni de cosa que palpase pueda; es una adquisicion de conocimientos elevados de la vida cortesana; de la civilizacion de México en el siglo XIX.

Ya te oigo decir en medio de tu batueca sencillez: y esos conocimientos de que me habla mi marido ¿qué valen? para qué sirven? Calla, tontasa! Si hubieras como yo vivido cinco meses en la corte, si te hubieras rozado con los señores y señoras de alto copete, verias cuán interesante, útil y necesario es eso de la civilizacion. Y como, siendo Dios servido, tú vendrás á ser una vecina de esta hermosa capital, mi primer cuidado desde que se me clavó en la mollera este pensamiento ha sido el de observar todo cuanto pertenece y atañe á los modales finos de la corte, para que, domesticado yo, pueda á mi turno hacer que tú dejes esa cortesa rústico-labriega que te cupo en suerte al criarte y vivir en esas remotas Batuecas. ¿Qué tal? Creo que mis conocimientos valen la pena de tu atencioa. Préstamela pues que ya comienzo.

¶ Pero como en todo es de absoluta necesidad el órden, porque sin esto todo se envuelve en el caos, y como, aunque batueco, algo se me ha pegado de lo que llaman ilustracion, para que yo me explique bien y tu me entiendas mejor, dividiré mis importantes lecciones en dos: una que trate de las personas, otra que trate de las cosas. Creo que por dificoles que sean tus entendederas, cabrá en ellas algo de lo que voy á decir. Alla vá.

Llaman personas en esta tierra eminentemente civilizada, á todas las figuras masculinas y femeninas que por un capricho de la naturaleza, mas bien que por privilegio del cielo andan en dos piés. ¡Alto ahí! me dirás: luego los gallos y gallinas son personas en ese pais clá-

sico? no muger, no: no lo son, y esta precisamente es la escepcion de la regla; pero si esos animalitos no son personas, sonlo sí, los pollos; y aquí comienza lo maravilloso de la civilizacion de la corte. Ya recordarás que en los corrales de nuestras felices Batuecas, ni los gallos, ni las gallinas, y por una razon muy lógica, mucho ménos los pollos, que en justicia no pueden tener representacion social, pues viven bajo la patria potestad de sus emplumados padres, la echan jamas de personas; pero aquí es diferente. En virtud de los progresos regeneradores de la civilizacion, los pollos estan elevados al rango de personas, y son, no como quiera, sino los que dan el tono y las leyes de la suprema elegancia. Ya ves que es prodigioso.

Figúrate allá en el magin unos boquirubios de talles esbelto y adamado, derechos como un sauce, flexibles como un mimbre, de cintura delieada, de pecho tan abultado que haria honor á una labriega nodriza, una melena ensortijada y abierta por en medio por una raya geométrica, la cual revela una minuciosidad esquisita al contar los cabellos para repartirlos con mas esactitud que una herencia paterna: si por accidente sobra un cabello, como no admite cómoda particion se arranca, á fin de que no incline la balanza á ninguno de los dos lados: veráslos de un color pálido, porque eso es de un gusto esquisito, un bigote perfectamente engomado que atraviesa horizontalmente el óvalo amarillento, y termina en dos delgadísimas puntas á una cuarta de distancia de la pequeña ó grande boca (que en eso no hay regla fija), y siendo un constante amago contra los ojos y narices que se ponen á nivel de esas agujas. En cuanto al ropaje admira la pureza conque estan modeladas las bellas formas de esos hermosos Adónis. Por supuesto, sin contar las libras de algodón que por vía de suplemento se añaden á algunas raquífticas figuras, ya robusteciendo una delgadísima pierna, ya dando incremento al desar-

rollo del exuberante pecho, ó ya, en fin, haciendo desaparecer algunos otros defectos, que sin el auxilio poderoso de tan precioso vegetal, serian notados en el figurin. Cánova mismo se encontraria apurado para encontrar defectos en tan acabadas estátuas. Y las llamo así, tanto por la perfeccion de su estructura, como por la inmovilidad forzosa á que están condenadas, no obstante su flexibilidad, á fin de que el arquitectónico nudo de la corbata no sufra alteracion, ni la delgada cintura padezca una defleccion importuna del apretado corsé. Una bota perfectamente charolada cubriendo un pié breve, unos guantes untados sobre las manos, un delicado rebozo que salva el ebúrneo cuello de las inclemencias del tiempo, y sobre todo unos anteojitos que sin ser necesarios juegan sin interrupcion, dan el complemento á esa acabada obra de la industria cortesana. ¡Y la cresta? me preguntarás candorosamente: esa está oculta por un sombrero piramidal. ¡Y cacarean esos pollos? volverás á decir. Sí, señora, y lo hacen á las mil maravillas; porque tienen una palabreria insustancial pero interminable, una maledicencia que raya las mas veces en cinismo, todo como resultado neto de la educacion sumamente superficial con que la civilizacion los ha enriquecido.

Y esto es tan cierto, cuanto que para el pollo han perdido su probidad los hombres de todas las condiciones, su pureza todas las mugeres, su ciencia todos los sabios, su valor los hombres de armas, su justificacion y acierto los que gobiernan. Disputan por todo y sobre todo, y en sus corrillos acaba hecho trizas el honor mas acrisolado. Todo el olor de sus vestidos y cabellos, que en verdad no es poco, jamas basta á quitar la hediondez de sus producciones. En sus amores son como el gusano que se adhiere á la flor: roen sus ojas y roban sus perfumes, arrastrándose por su tallo. Desde la muger mas recatada y virtuosa, hasta la última comparsa y figuran

ta del teatro, son, al decir de ellos, emblemas vivos, de sus eróticos triunfos.

Ahora, en cuanto á su modo de vivir, quiero que los conozcas un poco, porque así acabarás de formarte una completa idea de lo que es un pollo de la corte. Desde luego supondrás que tiene padres, porque nunca se da efecto sin causa, y supones bien; pero si crees que esos padres son siempre acomodados para atender á todos los gastos que demanda la vida y costumbres del mimado animalito, crees mal: porque si bien algunos tienen regular fortuna, la de otros es demasiado *pizmienta*. Mas sea como fuere, luego que aquel da el piquete al cascaron en que yacia encerrado, trátase en consejo de familia del destino futuro que se dará á ese vástago interesante que ha de mantener en pié los timbres gloriosos de la raza cortesana. Ojalá pudieran trasladarse á los estrechos límites de una carta las acaloradas discusiones de esos congresos domésticos, que como carecen de reglamento que fije el uso de la palabra, y de presidente que llame al orden á los que estravian la cuestion, la gallera se alborota, y la bulla crece, y bien claro se echa de ver que se trata del porvenir de un pollo por sus crestones y emplumados progenitores. En todo se piensa, en la diplomacia, en la política, en la literatura, ménos en un oficio, porque es demasiado innoble para que se plegue á él un hijo de tan civilizada corte. Así es que para corresponder al llamamiento de su ilustre cuna, pasa el pollo del cascaron al colegio, mal sabiendo leer y escribiendo peor; porque tambien en la elegancia entra como parte integrante poner el nombre con palotes, ó intercalar las mayúsculas con las minúsculas. En el colegio aprende el pollo algo de grámatica, es decir, lo suficiente para poder en un círculo decir con énfasis: "*Jam Novel*" á tiempo que el cielo con sus negros nubarrones nos amenaza con un diluvio. Aprende de la lógica lo bastante para que cuando sus amigos le suelten alguna pu-

lla sobre tal ó cual barbaridad, pueda responder poniéndose en la punta de sus piés y haciendo saltar sus hermosos ojos: "*Ergo yo no valgo nada!*" Pero sobre todo, donde pone sus cinco sentidos y luce toda su inteligencia es en la lengua francesa reputada hoy como indispensable para lucir en buena sociedad: no porque sea, como dicen allá nuestros batuecos pedagogos, el lenguaje universal, sino porque con ella se puede decir en plena asamblea cuatro palabras en bárbaro, sin que los oyentes entiendan una.

¡Con qué aire de petulancia dicen esos angelitos haciendo gala de sus ilustrados conocimientos: "*oh mon cher! voilà une mademoiselle tres charmant.*" La baba se nos cae á nosotros los pobres *payos* cuando por nuestra desgracia nos encontramos en medio de cinco ó seis pollos, y nos quedamos como tonto en vísperas, oyendo la algarabía que forman con sus agudos tipples esos émulos de Boileau y de Chateaubriand. En cambio de algunas palabras francesas que han aprendido, han olvidado el incivil idioma de Castilla, como incapaz de recibir las impresiones de la civilización. Y hacen bien, porque eso de hablar español y de hablarlo correctamente es del buen tiempo de Cervantes, y frescos estábamos con volver á esa época retrógrada en tiempo de progreso: semejante absurdo sería un anacronismo garrafal. Dime ahora, mi pobre muger, si con tan buenos principios, á los cuales se añaden las indispensables lecciones de baile que adquiere el pollo de los que ya tienen el espolon algo crecido, no podrá sin empacho dirigir su vuelo á los salones de la elegante sociedad. Dime si estos no le serán abiertos con el pasaporte que lleva en sus adornos y en sus gracias.

Pero para llegar á esos templos, necesitamos ántes echar una ojeada á la vida íntima del animalito y ver los preparativos de sus diarias expediciones. Por regla general, y por contraposición á los pollos de nuestros ga-

llineros, los susodichos se levantan á las nueve de la mañana, despues de haber apurado un posillo de sustancioso chocolate con su correspondiente comitiva de bollos y bizcochos: esto en el evento de que haya *cum quibus*; que en caso contrario suple muy bien un plebeyo jarro de atole ó un vaso de agua fria. Una vez en pié, la primera y mas precisa diligencia es la del tocador. ¡Oh muger mial! Si penetraras en el santuario de esos bien parados pollos, estupefacta te quedarás creyendo que era la trastienda de una botica ó el laboratorio de un nigromante. Inmenso es el número de redomas y de botes que contiene aquella complicada oficina: ya son los aceites que dan tersura á la piel; ya son los ungüentos olorosos con que empapan sus cabellos: ora encuentras multitud de esencias con que cubren los vestidos, ora son polvos con que limpian sus menudos y á veces espaciosos dientes. No, no: de seguro que la multitud de objetos de ese inmenso arsenal vuela la cabeza mas firme y sofoca al mas fuerte jayan. Ver á esos títeres ensayar caravañas y gestos, posturas y genuflexiones, es asistir á un hospital de locos, donde cada uno de los pacientes tiene diversa manía. Un observador que quisiera conocer todas las inflexiones de la monomanía, sin tomarse el trabajo de salir de un punto, haria un acopio de descubrimientos en un retrete de esos que te pinto, por tener la ventaja de que un solo individuo reúne todos los caracteres diversos de la locura, que en otra parte hallaria diseminados.

Hétemele ya en todo su brillo: sale á la calle, sus primeros pasos se encaminan á donde vive la dulcinea en actual ejercicio, pues aunque es todista por inclinación, siempre hay un lugarcito privilegiado para cierta *leona*, que á su vez le paga con la misma tolerancia de cultos. Ya encuentra en el balcon á su adorado tormento, y el enamorado Medoro llega al pié del muro que guarda á su apasionada Angélica. Establécese un diálogo intere-

sante entre la almiarada pareja: diálogo que no teme la censura, porque la libertad de hablar ha dado de baja á los fiscales que pudieran ejercerla sobre sus inocentes producciones, diálogo que oye el que pasa, que edifica á los vecinos y que entretiene admirablemente á los muchachos: allí va la pantomima á su mas alto grado de perfeccion: allí son los cambios de rosas y pañuelos: allí se establece una estafeta erótica, que ni paga portes ni teme las infidelidades de los empleados del ramo: allí pasan las comunicaciones mediante los hilos y alambres enganchados, que sin disputa son mas eficaces y violentos que los del telégrafo electro-magnético, y están menos espuestos á que un mal intencionado pronunciado los interrumpa á fin de que los mensajes no lleguen á su destino: allí se conjuga el verbo amar en todos sus tiempos y modos, hasta el estremo de que un profesor de gramática se hallaria apurado para seguir la rápida volubilidad de esas ejercitadas lenguas: allí son las citas, las quejas, las querellas, las estratégicas operaciones para adormecer la vigilancia poco activa de las mamás ó las tías.

Despues de esta importante ocupacion el pollo se dirige á la catedral ó á otro templo cualquiera; pero no creas buenamente que va á rezar, porque eso es muy añejo y propio solo de la batueca ignorancia: va á pasar revista de todas las hermosuras que concurren allí, y á examinar si la Paquita lleva prendida la flor que anoche le dió en el baile, ó si la Concha tiene en el dedo la sortija de á dos pesos que le regaló ayer en el paseo. Allí, lo mismo que en nu teatro, son las contorsiones y los gestos, el llevar el pañuelo á la altura de la boca, el ponerse la mano en el corazon, el mirar á todos lados con pretensiones de importancia, el no dejar á alma viviente fijar la atencion á lo que pasa en el altar. Allí son los paseos á la hora que el ministro explica las verdades de la religion: allí como si fuera caballo de circo

ó yegua que trabaja en la era, da mil vueltas al templo para ver y ser visto, para que ni una sola belleza escape de las saetas de sus infatigables lentes. Sale de allí lo mismo que entró, talareando una aria que nadie escribió, y llenando el cementerio de su fatuidad y de sus aromas. Corre al portal, al café, adonde quiera, con tal que encuentre animales de la misma especie: con ellos anda por todas partes, contándose reciprocamente sus amores, luciendo despojos tal vez adquiridos en el baratillo, pero que unos y otros, engañándose mutuamente, adjudican á la hija del general H,\* á la sobrina del ministro N,\* á la pupila del banquero Z.\* Cada cual refiere una anecdotilla azas picante, con sus ribetes de escandalosa, se burlan de éste, critican á aquel, y se marchan todos á buscar donde por ese día puedan sacar el vientre de mal año.

Llega la tarde; y si puede disponer en propiedad, ó mediante cuatro reales de alquiler de un ensillado rocín, se lanza al paseo á escoltar los coches de las beldades: si esos posibles le faltan, se encamina pedestremente á alguna glorieta de la alameda, para deleitar sus ojos con el brillante panorama de las hijas de Eva. Pero ántes que el sol oculte su luz detras de los montes que circundan el valle, corre el pollo por todas partes, echando mil flores á cuantas quieren oirlo: ya es uno de los balcones mas aristocráticos el que sirve de imán á sus miradas; ya es una modesta costurera que sale de la tienda de Emilia ó de Virginia en la que fija su atencion. Apy todas acomete, á todas embiste: con tal que el objeto de sus requiebros pertenezca á la otra mitad del género humano, maldita la distincion que hace de rangos y gerarquías, que en esa parte es partidario de la igualdad.

Sucede algunas veces que á consecuencia de esta ni-  
velacion de clases, el pollo, cuando menos lo espera, oye la voz aguiatentosa y ronca de un gallo ciego, y de de-  
mocrática raza; pero aquel se retira prudentemente por

Universidad de Nueva Leon  
BIBLIOTECA

VALVERDE Y TELLEZ

no alternar en cuestiones de esa clase con el *populo bárbaro*, y sobre todo, porque los crecidos espolones de su adversario hacen crugir de espanto los nacientes suyos. De estas y otras correrías por el estilo, sale victorioso, merced á la apelacion que hace á sus ligeras piernas, y algunas ocasiones gracias á la verbosidad que posee y que el pueblo no entiende, y cuya traduccion, si se empeña en hacerla, da lugar á que el pollito se ponga al abrigo del gallinero.

Del paseo va á la ópera, ya porque hubo á quien pellizcar el valor de la entrada, ya porque aprovechando la distraccion del cobrador de billetes, pasa entre la multitud, fingiendo que es del número de los que han pagado, ó agazapándose entre los de talla mayor que la suya. Si por desgracia es sorprendido *in fraganti* delito de fraude, no creas que el pollo muda de color ni suda: tiene el desparramo suficiente para meter mano á la bolsa, buscar el boleto, fingir una sorpresa grande por haberle dejado en el traje que cambió, y con mucho aplomo dice: "*Usted dispense: voy á traerlo.*" Sale lamentándose de su malhadada distraccion, que le hace dar muchos pasos hasta su casa, y lo que es mas, le priva del interesantísimo principio de la obertura, tanto mas cuanto que estaba comprometido á ver en su palco al consejero T.\* Si en vista de tanta lamentacion algun batueco que tiene cerca deja conmovir su corazon, el pollo se ha salvado; porque ¡qué entrañas, aun de tigre, tendrían todo el estoicismo bastanté que impidieran á la mano alargarse, encogerse, introducirse en el bolsillo y presentar á ese sentimental Jeremías el valor del asiento? A un cumplido caballero se le sirve, no digo con esa bagatela, y mas cuando se trata de evitarte molestias y contratiempos: eso nada vale: "Mañana corresponderé, amigo mio," dice con una gracia que cautiva; y mañana y los dias siguientes, si vuelve á encontrar á su favorecedor, ni lo conoce siquiera, á

no ser que tenga alguna nueva empresa que acometer contra el pobre babieca.

Es del mejor tono entrar al teatro haciendo ruido, llamar la atencion saeudiendo el cojin, aun cuando esté ménos sucio que el pañuelo, flechar el lente á los palcos, reir con la dama que por casualidad fijó la atencion en el importuno, y eso aunque ni sepa quien es, porque lo importante en esos casos, lo verdaderamente satisfactorio consiste en que el público entienda que tiene dares y tomares con ella. En la luneta es de todo punto indispensable tener las piernas en posicion horizontal, y los pies sobre la cabeza del que ocupa el asiento delantero: es necesario seguir la orquesta y la cantatriz en voz alta, sin temor de desentonar, llevar el compás con el baston, aplaudir estrepitosamente aunque no se entienda una jota de lo que cantan, y sobre todo, salir ántes que concluya el espectáculo para formar en ala á la salida del teatro, y ver á todas las que salen: colocarse lo mas cerca posible del coche para aprovechar ciertos lances imprevistos que al dia siguiente deben figurar en la crónica como hechos adrede y para satisfaccion particular del observador. El pollo que hace todo esto ha llegado á adquirir un diploma honorífico en su profesion, y puede ya reputarse digno de recibir el premio de su gloriosa carrera. Es el pollo por excelencia.

Si no hubo opera ó modo de entrar á disfrutarla, entónces el paseo de las cadenas en noche de luna, ó algunas tertulias en noches oscuras son el complemento digno de tan bien empleado dia. En cualquiera de esas partes busca al pollo desde luego una pareja á propósito, que de todo hay en la viña del Señor, y allí se comienza un nuevo idilio, ya contemplando los resplandores de la luna y haciéndola testigo de mil juramentos que se cumplen tan religiosamente como los de nuestras constituciones, ya improvisando en las casas donde se instala el afortunado pollo, un rato de baile para entablar inte-

resantes diálogos en las rápidas vueltas de un vals, ó en los ondulantes movimientos de una varsoviana ó en los intermedios de la aristocrática cuadrilla. Apretones furtivos de alabastrina mano, palabras interrumpidas por la intempestiva pregunta de un tercero, protestas ardientes que el sueño disipa, y otras mil curiosidades que en nuestra rústica tierra ignoramos, dan el último matiz á la culta é ilustrada vida del pollo. A las doce de la noche desaparece como los espectros; se encierra en las cuatro paredes de su aposento; duerme concienzudamente, como que ha llenado con esactitud los deberes y ocupaciones de su brillante existencia: sueña bailes y bureos, y á las nueve de la mañana siguiente vuelve con la misma puntualidad á seguir la corriente de su destino. Fuera de esto nada existe para él: su pasado ya no lo recuerda; y su porvenir... bahl no se cuida de él, porque no sabe si vivirá mañana, y bobera muy grande sería apurarse por una cosa tan incierta.

Acaso vas á preguntarme el secreto que poseen los pollos para proporcionarse cuanto han menester, supuesto que no todos tienen quien les llene el buche ni les abra un amplio bolsillo como se necesita para una vida toda de goces y de deliciosa ociosidad. Muy justa es tu pregunta si la haces; y yo, á fuer de verídico narrador, te diré que esos secretos los guardan los pollos religiosamente, porque teniendo tantos encantos la existencia que llevan, quieren con justicia gozar de la propiedad que de tal profesion industrial han adquirido. Si todos conocieran el misterio ¿cómo se multiplicaria el número de los adeptos? Así es que no puedo satisfacer cumplidamente tu pregunta. Lo mas que he podido colegir al cabo de haberme devanado los sesos y de quemarme las pestañas, es, que cuando faltan los padres riquillos que suelten la mosca, un pollo se prepecciona vestido, calzado y todos las demas etcéteras por vía de magia. Verdad es que de estas manipulaciones no gus-

tan cosa, ciertos inciviles sastres y algunos plebeyos zap teros que á guisa de corsarios dan caza al pollo, bien por el importe de un pantalon, bien por el valor de unas botas. ¡Y quién seria el temerario que osara disputar á un elegante el derecho de deberle á todo el mundo? Solo á la gentecilla de poco mas ó menos se le dan los efectos al contado; pero ¿á un pollo? seria envilecer la raza; seria tener en muy poco á esos primorosos consumidores de todo lo que es de última moda. El vientre se llena de suculentas viandas servidas en las mesas donde el pollo vive como planta parásita: hoy come aquí, mañana acullá *et sic semper*; porque hoy es dia de su santo de fulanita y es preciso felicitarla; y como la hora de etiqueta está cerca de la hora de comer, y como el pollo tiene chispa, y como es un *bon compaignon* se le invita, y sin mucho trabajo accede á lucir en la mesa sus hermosas cualidades. Mañana va á felicitar á Don Perico por haber obtenido tal destino; estamos de enhorabuena, y es preciso no desairar el convite que por mera urbanidad se hizo, pero que es aceptado sin resistencia. Y cuando todo turbio corra, cuando no haya ni cumpleaños, ni empleos, ni otras zarandajas que traen consigo un espléndido refectorio, queda el recurso de ir á una fonda á esperar á un amigo que no ha de venir, y pocas veces falta un comensal batueco que tambien por urbanidad entable conversacion con el pollo, quien con ese tacto finísimo que la civilizacion le ha concedido, conoce desde á una legua de quién puede sacar y de quién no, la raja que pretende. Empeña la plática con nuevos y sorprendentes pretextos, escitando á cada instante la curiosidad peculiar del provincial; y con la destreza de un cazador que asecha su presa, pone lazos á la generosidad de su interlocutor y le conduce como por la mano á que le ofrezca de comer. Soltar la oferta y volar el pollo sobre ella, es una operacion tan rápida, como la del milano cuando se arro-

ja sobre una atribulada paloma. Y si á pesar de sus flores retóricas no consigue infundir en su auditorio un espíritu de benevolencia, no por eso le faltan arbitrios. Tiene un ojo verdaderamente práctico, una vista inteligente para conocer á los habitantes sencillos del interior, y desde el momento que descubre á uno lo asalta sin remedio, llevando por armas su lengua, y por motivos de su agresion un principio que conoce á las mil maravillas: *venter non patitur dilationem*: unas veces hace el papel de un pobre estudiante que carece de libros para seguir su carrera: otras es un empleado destituido por envidia de su conducta inmaculada; otras es un hermano afectuoso, pero cuyo trabajo no alcanza á cubrir las necesidades de tres hermosas hermanitas que su difunto padre encomendó á su proteccion. ¡Pero cómo se acomoda esa caterva de mentiras con sus elegantes vestidos? Parece, pichona, que no conoces á nuestros paisanos. Pero el pollo que los conoce mejor que tú, y que sabe dónde se puede descolgar sin que puedan marcarle el alto, acomete con la seguridad del triunfo, porque sabe que no le han de hacer preguntas importunas, y aun cuando se las hicieran, de mas graves lances sale con facilidad. Pues todavía, para el remotísimo evento, de que esta industria no le produjera efecto, le queda otra, y es la de ocurrir á las casas de juego, donde pide prestado y juega, donde le da barato el ganancioso, y donde no pocas veces quedan muertos que él levanta, ó denuncia lances que á otros se escapan y á él le producen. De allí, por poco que saque, lleva lo suficiente para pasar uno ó dos días, que para lo de adelante seguirán las industrias y honestas ocupaciones que ántes he dicho.

He aquí toscamente bosquejada una parte de la culta, de la civilizada, de la brillante ilustracion de la corte. No creas que lo he dicho todo: no he querido mas que trazar á gordos brochazos algunas de las maravillas que nunca has conocido, ni pudieron siquiera imagi-

nar los sabios de nuestro lugar. Porque, francamente, querida, ¿hay de esto en nuestras batuecas? En tus felices ensueños habías llegado á ver una perspectiva tan deliciosa como la de la vida de corte? Las costumbres y la vida de pollo no revelan un foco de luz tan brillante que hace plegar los ojos con sus resplandores? Pues bien, Bibiana mia; todo esto no es mas que la muestra: cuando hayamos dado algunos pasos mas, tendrás razon para admirarte. Poco á poco te iré civilizando, y en mi siguiente carta, si Dios me deja escribírtela, procuraré hacerte comprender la otra mitad de esa gran familia polluna; la cual mitad, tambien en virtud de la civilizacion, no lleva el nombre de *pollas* como cualquier batueco supondria, sino que se llaman *leonas*; pero no te asustes, porque aunque se les dá tan terrible nombre no tienen garras, si bien gastan melenas; y en fuerza de ser unos animalitos harto civilizados, han sustituido á la ferocidad de las reinas del desierto la mansedumbre de los borregos, ó de los corderos, que todo se va allá. Adios, mi pobre lugareña: ¡cuánto te compadezco por estar todavía privada de los bienes inapreciables de la civilizacion. Espera mis otras cartas, y con ellas acabarás de admirarte.— *Caralampio Molinero del Cerro.*